

el viento, elevadme hasta el cielo; arrebatadme y llevadme como la vela, que inflada por el viento, llega con seguridad al puerto.

El Ángelico Doctor Santo Tomás dice: "que la tercera persona de la Santísima Trinidad frecuentemente se llama, en la divina Escritura, el Espíritu Santo, y la razón de con esta para llamarla así es la siguiente: "que la palabra Espíritu Santo, que significa viento, es la que se le atribuye."

VIII.

A los vientos opuestos se les llama frecuentemente en la Escritura Santa "el Aquilon y el Medio día." Veamos la explicación que de uno y otro nos da San Gregorio.

"El Aquilon ordinariamente se toma por el demonio que pretende sentarse sobre la montaña del Testamento á los lados del Aquilon. ¹ Porque en efecto, el demonio es el que adormece con un frío entorpecimiento el corazón de los fieles; y así como el Aquilon, según dice el Santo Job, se extiende por el vacío, así también, asegura San Gregorio, el demonio toma posesión de aquellas almas que están vacías del amor divino. ²

"Por el contrario, el viento del Medio día significa comunmente el Espíritu Santo que enciende los corazones de los fieles con el soplo de sus divinas inspiraciones. Las playas en que reina el Aquilon, figuran el mundo habitado por los pecadores en quienes ejerce el demonio su imperio. Así es que, las playas ó regiones que calienta el viento del Medio día, nos figuran á la Santa Iglesia animada del Espíritu de Dios. ³

Escuchemos ahora á la esposa de los Cantares hablando con uno y otro viento. "Levántate, oh Aquilon, y ven tú, viento del Medio día; sopla en mi jardín y exhalará sus perfumes." ⁴

Como se ve luego, la Esposa pide que se aleje el Aquilon y que en su lugar sople el viento del Medio día. "Porque ciertamente—dice San Gregorio—"que cuando por la permisión de Dios, se retira el espíritu helado, viene inmediatamente el soplo abrasador del Espíritu Santo á apoderarse del alma fiel, y soplando en el jardín de Dios, que es la Santa Iglesia, se extiende á lo lejos, como un perfume, la fama de las virtudes y la gloria de los Santos. ⁵

Tiempo há, Dios mío, que el Aquilon se ha ensañado contra mí, dejándome en la tristeza y en el entorpecimiento; sus vientos fríos han helado mi alma de tal manera, que no puede ensancharse. ¡No permitais, Dios mío, que el Aquilon prevalezca contra mí!

¡Oh viento del Medio día, ven! ¡Ven, oh Espíritu Santo, oh gracia toda celestial, oh amor purísimo, enviadme vuestros soplos divinos! Haced que donde abunda el Aquilon, sobre abunden vuestras fuerzas. El Aquilon congela, y Vos refrigerais. El Aquilon contrae el alma, y Vos, oh amor divino, os derramais en los corazones, por el Espíritu Santo que los penetra. Soplad en mi jardín, y mi alma volverá á reverdecer y exhalará entonces aquellos perfumes que tanto anhelaís y que ascienden hasta el cielo.

1 Hom. in Ezech. lib. I, hom. 2.
2 Mor. XVII, in cap. 26 Job.
3 Hom. in Ezech. lib. I, h. 2.
4 Cant. IV, 16.
5 Hom. in Ezech., lib. I, hom. 2.

El fuego nos designa con más particularidad al Espíritu Santo, porque el fuego consume, y el Espíritu Santo consume el pecado. El fuego que consume.—El Espíritu Santo.—Jesucristo vino al mundo á traer fuego.—El amor.—Las alas de fuego.—La palabra de Dios.—El Cielo.

EL FUEGO.

El fuego impuro.—La tribulación.—El purgatorio y el infierno.—El fuego oculto.

El fuego impuro.—La tribulación.—El purgatorio y el infierno.—El fuego oculto.

Las tradiciones más antiguas del mundo atribuyen al fuego un carácter sagrado. No hablando de las religiones falsas, en las que el culto del fuego tiene un lugar distinguido, el verdadero Dios mandó á Moisés "que el fuego estuviera ardiendo siempre en el altar:" ¹ no desdenándose Él mismo de ocultarse bajo los velos de este símbolo, desde la primera vez que se dejó ver de este su siervo, á quien se apareció en una llama de fuego que se desprendía de en medio de una zarza. ² Y más tarde, recordaba Moisés á los hebreos este hecho divino de su historia, representando al Señor en estos términos: "Vuestro Dios es un fuego que consume. *Deus tuus, ignis consumens est,*" ³ y estas palabras fueron repetidas por el Apóstol San Pablo. ⁴

"Si—dice á su vez San Ambrosio—nuestro Dios es un fuego por excelencia, un fuego vivo, divino y eterno, que aunque no abrasa materialmente los cuerpos, purifica las conciencias é inflama nuestros corazones en su amor: es un fuego sin dejar de ser espíritu; y un fuego que ilumina á los justos y castiga á los pecadores." ⁵

II.

Mas si el verdadero Dios, el Dios tres veces Santo es un fuego que consume, ordinariamente en el lenguaje de la Escritura Santa y de la Iglesia,

1 Lev. IV, 12.
2 Exod. III, 2.
3 Deut. IV, 24.
4 Hebr. XII, 29.
5 Trat. in Sim.

el fuego nos designa con más particularidad al Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad.

Invocándolo en sus cánticos, la Iglesia le dice: "*Venid, Espíritu Santo, que te llamas fuego.*"¹ *Qui diseris ignis.*

San Juan Bautista, precursor de Jesucristo, hablando con los que le pedían el bautismo, les decía: "Yo no bautizo en verdad más que en el agua, mas el que viene despues de mí, os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego."² Y en el día de Pentécostes, cuando el mismo Espíritu Santo descendía sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo, escogió las lenguas de fuego para manifestar su presencia.³

¿Y por qué se le atribuye el símbolo del fuego al Espíritu Santo, sintó porque Él mismo en la augusta y adorable Trinidad es el amor consustancial del Padre y del Hijo, viniendo á ser por esto mismo en nosotros el principio del Amor Divino?

Jesucristo, sobre quien el Espíritu Santo reposa con toda su plenitud, es igualmente todo fuego, porque es todo amor. Su vida toda, su palabra, su pasión y su muerte, nos manifiestan la fuerza ardiente de su amor. Porque en verdad, ¿qué fué lo que Él trajo á la tierra sino fuego, como nos lo asegura Él mismo? ¿Y qué otra cosa desea, si no que este fuego arda y prenda en nuestros corazones?⁴

III.

El fuego es, pues, el símbolo del amor divino, de ese amor que un Dios nos manifiesta y de aquel amor que Él nos pide en recompensa.

Este fuego era el que abrasaba á Jeremías, cuando decía: "Arde en el fondo de mi corazón un fuego abrasador que está encerrado dentro de mis huesos, y he caído en tal languidez, que no tengo fuerza para soportar su violencia."⁵

Este fuego abrasaba también á los discípulos de Emmaus, cuando despues que los hubo dejado el Salvador, uno de ellos exclamaba, diciendo á su compañero: "¿No ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?"⁶

San Ambrosio nos representa el amor con círculos de fuego que encendían el corazón de los Santos, diciendo:⁷ "Sobre las alas rápidas del amor, fué arrebatado el Patriarca Enoch⁸ hasta el cielo, donde fué llevado el Profeta Elías⁹ en un carro tirado por caballos de fuego."

1 Him. Veni Creator.

2 Luc. III, 16.

3 Act. II, 3.

4 S. Luc. XII, 49.

5 Jer. XX, 9.

6 S. Luc. XXIV, 32.

7 Lib. Isaac et anima.

8 Gen. V.

9 Reg. II.

También sobre las alas de fuego se adelantaba el Señor para presidir y guiar á su pueblo apareciendo en medio de una columna de llamas.¹ Volando con estas alas apareció el serafín trayendo en sus manos un carbon encendido que habia cogido del altar para purificar los labios de Isaías.² Y el mismo Jesucristo se refería á esas alas de fuego, cuando dijo: "Así como la gallina reúne á sus polluelos bajo sus alas, así he querido congregar á mis hijos."³

¡Señor! ¡Jesús! ¿quién me diera alas, esas alas de fuego, esas alas del amor para volar hácia Vos?

IV.

Dios se nos manifiesta principalmente por su palabra, y esta palabra en nuestros libros santos se compara repetidas veces con el fuego.

Por boca del Profeta Jeremías, exclama el Señor: "¿Por ventura, mis palabras no son como el fuego?"⁴

David nos aseguró lo mismo, cuando dijo: "Fuego vivo es vuestra palabra, y por lo mismo ha penetrado el corazón de vuestro siervo."⁵

"Sí; la palabra de Dios es un fuego—dice San Ambrosio—fuego saludable que nos reanima y que no consume más que el pecado. Es el fuego con el cual se probó el oro de los apóstoles, que sirvieron de fundamento á la Iglesia; el fuego que purifica la plata de nuestras buenas obras; el fuego que hace brotar relámpagos de las piedras preciosas; y el fuego que consume la paja y la yerba seca de los campos. . . . Pues ¿cómo David, este buen siervo del Señor no amaría esa palabra de fuego, que inspira la caridad y aleja todo temor?"⁶

V.

El amor es inseparable del celo: Dios que ama soberanamente su gloria y la santificación de nuestras almas, es celoso de la una y de la otra. Este celo excita en Él una cólera justa y santa, que en nada contradice su bondad, sino que como dice San Agustín, solo nos explica relativamente la justa venganza que debe tomar de la iniquidad, y el tributo que exige su santidad y grandeza.⁷

Este celo y esta cólera del Señor, frecuentemente se simbolizan en la Santa Escritura bajo la figura del fuego. Oigamos cómo exclama David en

1 Exod. XIII.

2 Isai. VI, 6 et 7.

3 Math. XXIII, 37.

4 Jer. XXIII, 29.

5 Ps. CXVIII, 140.

6 In Ps. XVIII.

7 In ps. LXXXVIII, 8.

uno de sus salmos.¹ “¿Hasta cuándo, Señor, estáis indignado contra nosotros? ¿Durará vuestro enojo hasta nuestra total ruina? ¿se encenderá cada vez más el fuego de vuestro cielo? Yo os he hablado en el fuego de mi cielo—nos dice también por boca del Profeta Ezequiel.—*Quoniam in zeli mei locutus sum.*”² Y por la de Sofonías nos anuncia, “que con el fuego de su cielo será devorada toda la tierra. *In igne enim zeli mei devoratur omnis terra.*”³

El cielo de Isaías abrasaba como una llama ardiente; David, teniendo presente á los pecadores, sentía arder dentro de él este mismo fuego;⁴ y porque amaba este Profeta la belleza y el decoro de la casa de Dios, el cielo de esta misma casa le devoraba con sus llamas.⁵

VI.

Hasta ahora, solo hemos hablado de aquel fuego purísimo, “que se prende en las almas, según San Gregorio, al impulso de los ardores del Espíritu Santo, y este fuego nos eleva al cielo. Mas ¡ay de mí! Existe otro fuego que nace y se enciende en los ardores de la concupiscencia, cuya fuerza nos agobia y nos conduce al infierno: este fuego es el de la voluptuosidad, del cual está escrito que una sola mirada ó una palabra basta para prenderlo en los corazones,⁶ que comienza por una chispa, pero que crece y llega á ser un incendio inmenso, y que en su destrucción jamás dice basta.”⁷

¡Ah Señor! Así como os pido que me abrazeis con el fuego de vuestro amor divino, así también os ruego humildemente apagueis en mi corazón el fuego impuro. . . . Mas para sofocarlo, ¿qué cosa mejor hay que amaros con toda el alma?

María Magdalena era una grande pecadora; pero un día vino á postrarse á vuestras sagradas plantas y las bañó con sus lágrimas y las enjugó con sus cabellos. Os amó; y porque amó mucho, mucho le fué perdonado. El fuego del amor divino consumió en su corazón los ardores de la concupiscencia.

VII.

No solo el amor divino es el que purifica á las almas; algunas veces se limpian por medio de la adversidad, de la prueba y de la tentación, á las que la Escritura Santa llama frecuentemente un fuego saludable. Así es,

1 In ip. Ps. v. 5.
2 Ezech. XXXIV, 5.
3 Soph. III, 8.
4 Ps. LXXII, 21.
5 Ps. LXVIII, 10.
6 Prov. XXX, 16.
7 Hom. in Ezech. lib. I, hom. 2.

que el autor del Eclesiástico, dice: “Que como el oro se purifica con el fuego, así el hombre debe ser probado en el horno de la humillación.”¹ David también asegura “que como se acrisola y ensaya la plata al fuego, así somos probados con el fuego de la tribulación,”² —agregando— “que hasta no haber pasado por el fuego y por el agua, no seremos conducidos al lugar del refrigerio.”³

Explicando San Agustín estas palabras, nos hace reflexionar que en esta vida, tanto el fuego como el agua, nos son peligrosos. “El fuego nos pinta todas las angustias y todas las adversidades del mundo, y el agua nos significa la abundancia y las prosperidades del siglo, que corre como el agua. Mas el fuego abrasa y el agua disuelve y se corrompe fácilmente: así es, que nosotros también debemos temer tanto el fuego de la tribulación, como el agua que tiende á corrompemos. Permanezcamos firmes en presencia del fuego, y cuando el barro de nuestra frágil naturaleza hubiere sufrido el cauterio de las llamas, no temerá deshacerse por el ímpetu del agua.

Si sabemos resistir al fuego y no nos dejamos sumergir en el agua, entonces atravesando en paz por el fuego y por el agua el Señor hará que lleguemos al lugar del refrigerio, que es la gloria de sus escogidos.”⁴

VIII.

La justicia divina ha encendido dos fuegos para castigar y expiar nuestras faltas: el fuego del purgatorio y el del infierno.

El Apóstol San Pablo nos habla del primero en estos términos: “Este fuego pondrá á prueba la obra de cada uno. Aquel cuya obra hubiere sido consumida por el fuego, será perdida, pero se salvará por el fuego;”⁵ y el mismo Jesucristo nos dá á conocer el segundo que es el fuego del infierno por aquellas terribles palabras que dirige á los condenados: “*Id malditos al fuego eterno.*”⁶ Pero como ni uno ni otro fuego son símbolos, temblemos y pidamos al Señor nos libre de su espantosa realidad.

IX.

Se refiere en el segundo libro de los Macabeos, que cuando los Judíos fueron llevados cautivos á la Caldea, los sacerdotes del verdadero Dios, habiendo tomado el fuego que estaba en el altar, le ocultaron en el fondo de un pozo.⁷

Cuando Nohemías volvió á la Judea, se puso á buscar este fuego, y no

1 Eccli. II, 5.
2 Ps. LXV, 10.
3 Ps. LXV, 11.
4 In Ps. LXV, 17.
5 Cor. III, 13.
6 S. Math. XXV, 14.
7 II. Macch. 1-19, 22.

encontró en el lugar que lo guardaba más que una agua espesa y cenagosa ;¹ sin embargo, Nohemías mandó rociar con esta agua el altar del sacrificio, y en el momento en que el sol comenzó á lucir en el horizonte, se prendió de tal manera el fuego que llenó de admiracion á cuantos estaban presentes.

Este fuego sagrado, tomado del altar, ¡oh Dios mio! oculto en el fondo de un pozo, y transformado en una agua cenagosa, ¿no es por ventura el simbolo de vuestro santo amor, que Vos mismo prendisteis en mi corazon desde los primeros años de mi vida y que yo sepulté y escondi en las espesas tinieblas del pecado? ¡Ay de mí! La llama ha desaparecido sin quedarme otra cosa más que el lodo. . . Mas para que este lodo vuelva á encenderse, ¿qué será necesario? Un solo rayo de vuestro sol divino, ¡oh Dios mio! ¡Si, un solo rayo de vuestro amor, y entónces mi corazon se abrasará de nuevo y arderá tambien de nuevo en el altar! Daos prisa, ¡oh Salvador mio! haced que reluzca sobre mí un solo rayo de vuestro divino rostro; acordaos que habeis venido al mundo á traer fuego, y haced, finalmente, que este fuego arda en mi corazon!

VIII

La justicia divina ha encendido dos fuegos para castigar y expiar nuestras faltas: el fuego del purgatorio y el del infierno. El Apóstol San Pablo nos habla del primero en estos términos: "Este fuego pondrá á prueba la obra de cada uno. Aquel cuya obra hubiere sido buena, consumirá el fuego, pero se salvará por el fuego; el que no consumirá el fuego, será castigado por el fuego del infierno por aquellas terribles palabras que dirige á los condenados: "Pero como ni uno ni otro fuego son simbólicos, el Señor nos libre de su espantosa realidad."

XI

Se refiere en el segundo libro de los Macabeos, que cuando los Judios fueron llevados cautivos á la Caldea, los sacerdotes del verdadero Dios, hablando tomado el fuego que estaba en el altar, le ocultaron en el fondo de un pozuelo, y cuando el rey babilónico se dispuso á quemar el templo, cuando Nohemias volvió á la Judaea, pudo hacer este fuego, y no

1 Ezech. II, 2.
2 Ps. LXXV, 10.
3 Ps. LXXV, 11.
4 In Ps. LXXV, 17.
5 Cor. III, 13.
6 S. Math. XXV, 14.
7 In Macch. I, 19-22.

1 Macch. I, 19-22.

El humo—nos dice el Sabio—es motivo á las ojos y ocurrese la vista. Interpretando estas palabras observa San Gregorio, que nos ha de enseñar á admirar lo que el Espíritu Santo ha hecho en la descripción de la vida. "Esa es la gloria del demonio, nos advierte que el humo sale de sus narices. La narices que preceden á la vida, es el efecto de las inspiraciones del demonio, nacen los malos pensamientos en el corazon del hombre, y estos ocurrecen en el luz de aquel ojo interior, que puede ver las cosas de Dios."

EL HUMO.

Vanidad de la gloria del impío.—El humo que sale de las narices de Leviathan.— La ignorancia y el error.—El humo del incienso.

impuro de ese humo: por esto exclama David en uno de sus salmos: "Vos Señor, habéis visto á que extremo han llegado las congojas de mi corazon; mis locuras están desahucadas y mis ojos oscurecidos." Mas la oscuridad que viene del humo, es el principal castigo de los impíos, y en este sentido anuncia el Espíritu Santo, después de la venida del Espíritu Santo, cuando mandó que ellos así el fuego como el humo.

AL salir el humo del fuego se eleva hácia el cielo; mas apenas fijamos en él nuestras miradas, cuando se desvanece: sin duda por esta cualidad, en nuestros libros santos, el humo es el emblema de la vanidad de las cosas del siglo.

"Los enemigos del Señor—dice David—no gozan de larga fortuna: apenas se ven exaltados, cuando de golpe desaparecen como el humo."¹ San Agustin, comentando estas palabras del Salmista, insiste sobre esta comparacion, haciéndonos notar que: "en el momento que se desprende el humo de un horno encendido, se hincha en espesos torbellinos, y mientras aparece más espeso, más y más revela su vanidad y su nada; su masa flotante que no tiene apoyo y su hinchazón sin solidez, se disipan con más facilidad en el aire, y su volumen, lejos de darle consistencia, ántes bien le perjudica. Lo mismo sucede con el pecador: mientras más se envanece y se hincha con sus deseos ambiciosos, más y más cree elevarse; pero Dios, que siempre le resiste, se complace en abatirlo haciéndolo desaparecer como el humo."²

Este pensamiento de San Agustin se aplica tambien, y de una manera admirable, á las orgullosas esperanzas del impío, que en el sagrado libro de la Sabiduría es comparado con el humo disipado por el viento.

1 Ps. XXXVI, 20.
2 S. Aug. in ps. XXXVI, hom. II, 12.

II.

“El humo—nos dice el Sábio—es nocivo á los ojos y oscurece la vista.”¹ Interpretando estas palabras observa San Gregorio, “que no nos debemos admirar de esto, porque el Santo Job, haciendo la descripción de Leviathán, que es la figura del demonio, nos advierte que el humo sale de sus narices. *De naribus ejus procedit fumus.*”² Y en efecto, de las inspiraciones del demonio, nacen los malos pensamientos en el corazón del hombre, y éstos oscurecen en él la luz de aquel ojo interior, que puede ver las cosas de Dios.”

“El demonio nos inspira aquel amor desordenado á las cosas de la tierra y multiplica á nuestra vista los torbellinos de humo, amontonándolos en nuestro espíritu con las vanas inquietudes de la vida presente.”

“¡Ay de mí! Los mismos Santos no han podido verse libres del soplo impuro de ese humo: por esto exclama David en uno de sus salmos: Vos, Señor, habeis visto á qué extremo han llegado las congojas de mi corazón; mis fuerzas están desfallecidas y mis ojos oscurecidos.”³

Mas la ceguedad que viene del humo, es el principal castigo de los impíos, y en este sentido anunciaba el Profeta Joel los prodigios que habian de verificarse en las almas despues de la venida del Espíritu Santo, enumerando entre ellos, así el fuego como el humo. “*Effundam Spiritum meum, et dabo prodigia in caelo et in terra, sanguinem, et ignem, et vaporem fumi.*”⁴

Por último, dice San Jerónimo: “Que así como el fuego ilumina á los creyentes, así tambien el humo oscurece á los judíos incrédulos.”⁵

III.

En el mismo sentido se comprende desde luego, que el humo que daña á los ojos es el símbolo de la ignorancia y del error.

Cuando el Profeta Isaias, hablándonos de los serafines que están ante el trono divino, dice: “que repiten sin cesar aquel Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos, los cielos y la tierra están llenos de su gloria,”—agrega—“que la casa se llenó de humo. *Domus repleta est fumo.*”⁶

“Admirable es—dice San Jerónimo—la ilacion de estas palabras: esa casa nos figura aquí el templo de los judíos. Pues apenas se hubo iniciado el mundo en los misterios de la Trinidad y de la pasión de Jesucristo

¹ Prov. X, 26.

² Job. XLI, 11.

³ Ps. XXXVII, 11.

⁴ Joel II, 29-30.

⁵ Com. in Joel, cap. II.

⁶ Isai. VI, 4.

“al resonar el himno de gloria en honra del Señor, cuando fué invadido el templo de los judíos con las humaredas espesas de la ignorancia.”⁹

Mas no solo se oscurece el espíritu por la ignorancia sino tambien por el error. Así es que, San Ambrosio, interpretando aquel humo que sale del abismo, como asegura el sagrado libro del Apocalipsis, dice “que este humo es el emblema de la doctrina de los hereges”—añadiendo—“que así como el humo arrebatado por el viento se disipa en el instante, así tambien las doctrinas erróneas y mentirosas de los impíos, se disipan al soplo poderoso de la enseñanza de los doctores.”¹

IV.

Hay, á pesar de todo esto, oh Señor, un humo que os agrada, y es el que sale del incensario para elevarse hasta vuestro trono. “¿Quién es esa—pregunta el autor de los Cantares—que se eleva del desierto semejante al humo del incienso?”²

San Gregorio responde, diciéndonos: “Es la Iglesia de los escogidos, que abandonando el mundo se levanta para elevarse hasta Vos, oh Dios mio, y ponerse en vuestra presencia por medio de la oración y del amor.”³ David tambien me hace comprender el humo del incienso, cuando exclama: “Que mi plegaria se dirija hácia Vos, como el incienso en vuestra presencia.”⁴

Cuando se quema el incienso produce humo, y éste se eleva remontando su giro hácia el cielo como desdeñando todas las cosas de aquí abajo. ¡Oh Dios mio! ¿el humo del incienso no es tambien el símbolo del alma, que os ama, que os ruega y que se dirige á Vos?

V.

Me acuerdo, por último, que al pié del Tabernáculo, cuando se alza la sagrada Hostia y se presenta á la adoración de los fieles, el sacerdote se postra ofreciendo el humo del incienso. . . . ¡Humo levísimo! ¡cuánto te envidio, y cómo quisiera seguirte elevándome en seguimiento tuyo para honrar al Dios de la Eucaristía, y despues perderme contigo en las profundidades del cielo!

⁹ Com. in Isa. lib. III, cap. 6.

¹ Com. in cap. IX, Apocal.

² Cant. III, 6.

³ In Ezech. lib. II, hom. X, 22.

⁴ Ps. CXL, 2.